

La question paysanne et le capitalisme, S. AMIN y K. VERGOPOULOS. Ed. Anthropos, IDEP, París, 1974, 220 pp.

En la teoría económica convencional el sector agrícola ha sido generalmente olvidado: pese a las características especiales que presenta, la agricultura es considerada como un sector más de la economía, y los conceptos aplicables a los demás sectores, especialmente el industrial, se usan para el análisis de la agricultura. Este olvido teórico va paralelo con el olvido real: con pocas excepciones, la agricultura de un país desarrollado es el pariente pobre de los potentes sectores industriales.

Con el creciente interés por el estudio de los países subdesarrollados, los economistas han empezado a ver que las relaciones industria-agricultura tenían mucho que ver con las relaciones países avanzados-países subdesarrollados: la agricultura no es simplemente un sector con menos capitalización (o menor composición orgánica del capital para los marxistas), sino que presenta características socioeconómicas especiales, al igual que los países subdesarrollados en relación con los desarrollados.

Esta constatación ha llevado en parte a la búsqueda de los caracteres teóricos de la economía agrícola, y ha surgido una línea de pensamiento que investiga la naturaleza económica de la agricultura en profundidad continuando la tradición de los clásicos. Malthus, Ricardo, Marx, von Bortkiewicz, Kautski y Chayanov serían los principales puntos en que debería basarse esta reconstrucción. Y en ellos se basa el libro de Samir Amin. Encuadrado

en una colección publicada por un instituto dependiente de las N.U., su estilo se aleja mucho del pretendidamente aséptico empleado por los técnicos internacionales.

La primera parte del libro, de la que es autor S. Amin, intenta abordar los problemas a partir de la metodología elaborada por él mismo en sus obras anteriores. Para ello recuerda sus contribuciones sobre modo de producción, modo de producción tributario, formación económico social, periodificación del capitalismo, etc. Con estos datos y releendo a Marx (como es costumbre), llega, a través de los problemas de la transformación y de la igualación de la tasa de beneficio, al concepto de renta. Nadie duda de la existencia de la renta diferencial (definida por Ricardo), pero la renta absoluta de la tierra presenta un problema distinto. Para explicar su existencia, la economía política tiene tres posibles caminos:

a) El monopolio sobre la propiedad de la tierra: opinión de Smith, Buchanan y de Malthus en cierta medida (y resucitada en una forma distinta por Robertus).

b) El hecho de que el sector agrícola no permita los avances tecnológicos del sector industrial, esté constantemente subcapitalizado y, por tanto, tenga una tasa de beneficios mayor (tasa que incluiría la renta de la tierra en opinión de Ricardo, y de Marx según algunos).

c) La consideración de la agricultura como un sector en el que no domina el capitalismo sino un modo de producción distinto, el modo de producción campesino, cuyo excedente sería la renta de la tierra. Esta línea fue desarrollada por un marxista ruso olvidado, Chayanov.

Al aplicar estas tres posibilidades al es-

tudio de la historia del capitalismo occidental desde el siglo XVI, Amin comprueba que la teoría del Chayanov sería la válida en la época mercantilista (en cierta medida, Chayanov habría definido el MDP dominante en la agricultura de un país cuya economía fue excelentemente descrita por los fisiócratas). Pero las etapas siguientes no pueden ser estudiadas así: el capitalismo se introdujo y dominó la agricultura. Es entonces cuando se deben usar las otras dos teorías, de las que S. Amin hace un intermedio, pero teniendo en cuenta que deben introducirse factores políticos. En otras palabras: la clase latifundista (detentadora del monopolio de la tierra) y la clase burguesa están aisladas y ello hace que la agricultura se transforme en un sector industrial más, pero siempre retrasado y que permite mantener separadas a las clases obrera y campesina.

La segunda parte del libro, de la que es autor K. Vergopoulos, constituye una formalización y ampliación de las teorías de S. Amin. Después de trazar la historia del concepto de renta de la tierra a través de Malthus, Ricardo, Marx y Lenin, el autor analiza la posibilidad de existencia de precios diferenciales según distintas composiciones orgánicas de capital (problema de la transformación). Así, los precios distintos pueden ser causados por:

- a) Distribución desigual del capital entre sectores.
- b) Intensidad desigual del trabajo.
- c) Productividad desigual del trabajo.

A pesar de presentarse estas características en la agricultura moderna, parece que la renta de la tierra tiende a desaparecer en la actualidad. Ello no es más que la consecuencia de la evolución del sistema capitalista. En el siglo pasado, muchos teóricos del capitalismo (George, Stuart Mill, Flórez Estrada), racionalizaron la lucha que Ricardo había iniciado contra los terratenientes, proponiendo la nacionalización de la tierra, lo cual permitiría captar y eliminar la renta. Sin llegar a estos extremos, la renta ha sido captada y eliminada (o al menos el proceso se ha iniciado); y ello es debido a que la lucha contra la gran propiedad rentista, suponía también la lucha contra la pequeña pro-

piedad campesina, y la resistencia que ésta ofreció obligó a la burguesía a elegir un camino indirecto: integrar a la clase terrateniente, que se convierte en capitalista (tal como ha demostrado Martínez Alier), e invirtiendo en otros sectores (tal como han demostrado Naredo y Ruiz Maya en el caso español). Así, la punta de lanza del capitalismo en la agricultura fue la gran propiedad latifundista y aristocrática europea y no la pequeña agricultura tal como se suele creer. Esta constatación, hecha por varios autores de la escuela francesa (Servolin, Rey, etc.) es la misma que, Martínez Alier hizo respecto a la agricultura de Andalucía.

Así pues, la principal característica de la agricultura en los países industrializados está en el hecho de ser un sector subcapitalizado cuyos capitalistas son ajenos al mismo. Pero por ello mismo debe estudiarse como un enclave marginado, pero no distinto, del conjunto de la economía capitalista.

Además, la línea propuesta en el presente libro es una generalización del desarrollo de la agricultura en la Europa occidental, con lo que el estudio constituye una buena introducción a la economía política de la agricultura.

L. ARGEMÍ

Microeconomía, W. BREST y H. M. HOCHMAN. Interamericana, México, 1973, 459 pp.

Es necesario, antes de informar sobre el contenido de este libro, hacer dos advertencias previas. La primera es referente al título. El mismo puede inducir al error de considerarlo como un sustitutivo de la serie de manuales convencionales que sobre Microeconomía existen en nuestro país, cuando es complementario de los mismos. La razón estriba en el hecho de que, en realidad, es una recopilación de 36 artículos de distintos autores que tienen en común la misma área de estudio; la Microeconomía. Por dicho motivo, es un complemento de los citados manuales, al proporcionar, tanto los fundamentos de proposiciones que son ya bási-

cos como algunos desarrollos teóricos que no tienen cabida en los libros de texto.

Todo esto se evidencia en el título de la segunda edición inglesa de la obra; *Readings in Microeconomics*, pero no en la traducción de dicho título al castellano, por eso era conveniente la aclaración.

La segunda advertencia es evidente. Si el reseñar un libro tiene un cierto grado de dificultad, con mayor motivo, plantea serios problemas el dar cabal cuenta del contenido de 36 artículos, todos llenos de ideas y plenamente sugestivos. Por ello, como no se puede hacer justicia a los mismos, dada la limitada extensión de una reseña, únicamente se revisará a grandes rasgos el contenido general de la obra.

En principio, es un libro digno de ser tenido en cuenta. En el desolador panorama editorial, tales recopilaciones de artículos son escasos y si por añadidura tienen que ser sobre este campo, el resultado es negativo. Desde la traducción, hace ya bastantes años, de *Readings in Price Theory* y *Readings in the Theory of Income Distribution*, confeccionados bajo los auspicios de la American Economic Association, ya no había aparecido nada de estas características. Aunque sólo fuera por ello, ya sería suficiente. Pero, por otra parte, en la elección de artículos, se ha tenido en cuenta excluir aquellos ya aparecidos en el citado *Readings* de la A.E.A. aunque fuesen «clásicos». Por tal motivo su complementariedad se evidencia aún más al no repetir artículos ya conocidos por dicha recopilación.

No obstante, las repeticiones en este tipo de obras son inevitables. Tarde o temprano, un autor recoge diversos artículos y los publica de nuevo en forma de libro. Así, los dos artículos de Friedman, «La metodología de la economía positiva» y «La curva de demanda marshalliana», o los de la Sra. Robinson, «¿Qué es competencia perfecta?» y «El teorema de Euler y la teoría de la distribución», se encuentran ya traducidos al castellano. A pesar de ello, la inmensa mayoría son nuevos.

Por otra parte, el contenido del libro, se estructura en virtud de la división tradicional de la microeconomía, consumo, producción, mercados y distribución, pero

con alguna subdivisión más, en aras de la operatividad.

Desglosando sus partes, la primera está dedicada a la naturaleza de un sistema económico, con un artículo de Knight «La organización social económica», en la que se define a la economía y se definen asimismo, las funciones que debe tener cualquier sistema económico. En la parte siguiente, se analiza la metodología de la ciencia económica, con el artículo ya citado de Friedman y completado con otro de Nagel «Los supuestos de la teoría económica», en el cual apoya la tesis friedmaniana.

La parte III está dedicada a la demanda. En el mismo tiene más relevancia la parte dedicada a la curva de demanda «per se» que la teoría pura del consumidor. Además, aun a riesgo de hacer generalizaciones, todo el capítulo tiene un rasgo fundamental; el no rebasar el marco estrictamente teórico. Ello evidencia, en los artículos incluidos, uno de Alchian «El significado de la medición» (de la utilidad), Machlup «La revisión de la teoría de la demanda del profesor Hicks», resumen de los tres primeros capítulos de Valor y Capital, el de Friedman ya mencionado «La curva de demanda marshalliana», uno de Bailey con el mismo título y, por último, uno de Leibenstein «Los efectos de la imitación, el snobismo y de Veblen en la teoría de la demanda del consumidor individual».

Dichos artículos son lo suficientemente conocidos en su mayoría, como para no tener que entrar en detalle sobre los mismos.

La parte siguiente está dedicada a la teoría de la oferta. En ella hay dos artículos de Alchian «Costos y producción» y «Las bases de algunos progresos recientes en cuanto a la teoría de la empresa», uno de De Alessi «Una reconsideración del corto plazo», basado en el enfoque de Alchian; Stigler «La división del trabajo resulta limitada por la extensión del mercado» y, por último, el conocido «Una exposición no matemática de la programación matemática o lineal» de Dorfman.

En mi opinión, de esta parte, los artículos más significativos son los de Alchian. En ellos su «leif motiv», es ampliar la teo-

ría de la empresa, superando el marco estricto de la hipótesis de la maximización del beneficio, considerando como hipótesis alternativas, la maximización de la utilidad. Por otra parte, otro comportamiento consistente es la maximización de la riqueza, como evidencia De Alessi.

Los artículos de la parte V, estructuras de los mercados, están divididos en dos secciones; por un lado los casos puros, centrados en la competencia perfecta y monopolio, por otro, la competencia imperfecta. En los primeros casos, hay dos artículos; «¿Qué es la competencia perfecta?» de la Sra. Robinson y «El concepto de monopolio y la medición del poder de monopolio» de Lerner. Lógicamente, se hace hincapié en la competencia imperfecta, con siete artículos, siendo sus autores Cassels, Buchanan, Nutter, Demsetz, Patinkin, Fellner y Needman, basados, la inmensa mayoría, en el trabajo ya clásico de Chamberlain.

Los trabajos de la siguiente parte, proporcionan algunas aplicaciones de la teoría de los precios a la asignación de recursos. En este apartado se podría incluir el artículo de Rottemberg «El mercado de trabajo de los jugadores de beisbol» que sorprendentemente, se incluye en el siguiente dedicado a los aspectos microeconómicos de la distribución del ingreso. Por otra parte, los artículos incluidos, van desde aquellos que fomentan la imaginación del economista, como el de Becker «Crimen y castigo. Un enfoque económico», a otros que más que aplicación son teoría pura, como «El problema de las proporciones del uso de factores en los países subdesarrollados» de Eckans.

Por último, las dos partes finales están dedicadas, una a la distribución como se ha indicado, el otro al equilibrio general, economía del bienestar y bienes públicos.

En el primero se incluyen, aparte de los artículos citados de la Sra. Robinson y Rottemberg, «Una reformulación de la teoría ingenua del beneficio» de Bronfenbrenner, «La geometría del capital y el interés: una propuesta de simplificación» de Dewey y uno de Rees «Efectos de los sindicatos en la asignación de recursos». La última parte es, por su propia naturaleza,

heterogénea, incluyendo dos artículos clásicos, el de Coase «El problema del costo social» y el de Samuelson «Exposición diagramática de una teoría del gasto público», cumplimentado con otro artículo de Buchanan «Una teoría económica de los clubs», y dos de Bator «Anatomía del fracaso del mercado» y «Análisis simplificado de la maximización del bienestar».

En conjunto, pues, es una recopilación ambiciosa, al querer considerar toda la microeconomía en su conjunto. La plasmación del intento, es objetable, pues todo economista tiene su «lista» de artículos que se deberían incluir en una publicación de esta índole. Por ello, el reprochar la inclusión de unos y exclusión de otros, es un tema en el cual entran plenamente los juicios de valor. Además, a fin de enjuiciarlo hay que tener en cuenta su carácter de complementariedad ya citado.

No obstante, se le puede criticar su convencionalidad en los temas elegidos. Sin entrar en detalles de artículos, hoy en día a la microeconomía le atañen, entre otros, análisis coste-beneficios, o la concentración industrial, así como diversos índices de los mismos, a fin de dotarla de operatividad. Todo esto, no encuentra cabida en el citado libro, como tampoco existen los problemas prácticos a la hora de medir las economías de escala, por ejemplo. En otras palabras, en la recopilación se ha tenido más en cuenta la teoría que la práctica, y hoy en día, esto es un lujo no permisible, máxime si tiene que servir de complemento a los manuales teóricos para los estudiantes.

En realidad, es a ellos a quien va dirigido, al proporcionar un marco de referencia, que permita con economía de medios, el analizar ciertos desarrollos y problemas de la microeconomía. Dada esta finalidad, de apoyo a los estudiantes, explicitada por los autores en el prólogo, no cabe ninguna duda que cumple sus objetivos, pues no hay más que reconsiderar la falta de tales textos en lengua castellana.

En este sentido, es un libro fundamental, sin muchos competidores, y con un nivel aceptable, puesto que los autores han procurado, en la elección del material, que el lector con elementos interme-

dios del cálculo matemático, no tuviese ninguna dificultad en la comprensión adecuada del mismo.

FERNÁNDEZ DE CASTRO

The Money Supply Process, A. E. BURGER, Wadsworth Publishing Co. Inc., Belmont, Cal., 1971, IX + 213 pp.

En 1962 decía Harry G. Johnson que «la teoría de la oferta de dinero es una esfera descubierta hace poco, dentro de la Teoría Monetaria» («Monetary Theory and Policy», *American Economic Review*, junio 1962). Desde entonces, se ha trabajado intensamente en este campo, que ha dejado ya de ser una zona subestudiada de la Teoría Económica, gracias a las aportaciones de numerosos autores, de las que la obra de Burger es un exponente.

Tradicionalmente, los estudios sobre la oferta de dinero se elaboraban sobre una base mecanicista: la cantidad de dinero existente en un país era una magnitud establecida exógenamente por la autoridad monetaria, como producto de la «base monetaria» (determinada por el Banco Central, que podía controlarla) por el «multiplicador de creación de dinero» (una cifra que dependía de la proporción efectivo/depositos del público y de la tasa reservas/depositos de los bancos, ratios que tenían el carácter de constantes en la mayoría de los análisis). Como un paso más del desarrollo de la teoría de la riqueza y de sus componentes, este enfoque mecanicista ha dado lugar a otro que ve en el proceso (endógeno) de la creación de dinero el resultado de un conjunto de conductas racionales de sujetos diversos (Banco Central, bancos y público, principalmente), ajeno a un control mecánico por parte de la autoridad monetaria y coherente con el ajuste de cartera de los distintos sujetos, esto es, con la respuesta racional de los mismos ante unas variables reales que no coinciden con las deseadas.

La moderna teoría de la oferta de dinero considera a ésta como no creada exógenamente por la autoridad monetaria (como puede sugerir la mención de la

«máquina de imprimir billetes»), ni sólo por la acción del Banco Central (aunque a veces se recurra a esta simplificación, ejemplificada bajo la forma de una política de mercado abierto) o del Tesoro (como cuando se ven los cambios en la cantidad de dinero como mero fruto de los déficits o superávits presupuestarios). Por otro lado, la oferta de dinero se considera independiente de la demanda (requisito necesario para la consistencia de la teoría monetaria) controlable por las autoridades monetarias (requisito para la utilidad de la teoría que, con todo, es compatible con la posibilidad de que las autoridades se desinteresen de un tal control). Por último, se sostiene que lo que el Banco Central pone en marcha es el proceso de creación de la cantidad nominal de dinero, dejando al comportamiento del público la determinación de la cantidad real del mismo a través de la fijación del nivel general de precios.

Todo lo anterior es el entorno teórico de la moderna concepción del proceso de creación de dinero, que constituye el tema monográfico del libro de Burger. Los objetivos del mismo se ponen de manifiesto en el Prefacio: «La mayoría de libros de dinero y banca dedican algún espacio al proceso de oferta de dinero. Este libro se diferencia de otros sobre el mismo tema en que se concentra exclusivamente en el proceso de creación de dinero y ofrece un marco completo para analizar dicho proceso. Explica cómo afectan al crecimiento del stock de dinero las acciones de política de la Reserva Federal, las decisiones de cartera del público y de los bancos, las acciones del Tesoro y los cambios en las condiciones institucionales. También analiza las relaciones entre el dinero y el crédito bancario y las relaciones entre el dinero y los tipos de interés» (p. v). No pretende ser un trabajo novedoso, como el propio autor reconoce: «este libro desarrolla el actual estado de la cuestión» (p. v). Se trata, pues, de un resumen y consolidación de la teoría vigente, y no de una aportación que haga avanzar nuestros conocimientos sobre el tema, aunque ello no le resta interés, habida cuenta de su carácter de libro de texto que «pretende informar, pero también generar conten-

tarios, críticas y futuras investigaciones» (p. vi), lo cual nos parece que se consigue.

Como texto especializado, supone un conocimiento introductorio, al nivel de nuestros cursos de Teoría Económica I o de Introducción a la Ciencia Económica. El libro es apto tanto para estudiantes de primer ciclo como para los de segundo. Las matemáticas son sencillas, y se explican cuando conviene. Pedagógicamente está bastante bien concebido, siguiendo un desarrollo por etapas que facilita la profundización en los temas. Los desarrollos matemáticos más complejos, aunque asequibles para los estudiantes, quedan relegados, con buen criterio, a los apéndices.

Hemos dicho antes que el libro es una exposición del estado actual de la teoría de la oferta de dinero, pero debemos aclarar que no se trata de un sincretismo de diversos enfoques, ni de una mera relación de los mismos: se centra en uno solo, que resulta, en estos momentos, quizás el enfoque más sugerente sobre el proceso de creación de dinero. Se trata de la «hipótesis no lineal de la oferta de dinero», que introdujeron Karl Brunner y Allan H. Meltzer, dentro del enfoque amplio de la teoría de la riqueza o de la selección de cartera. Su enfoque es eminentemente estático pues, aunque la teoría se basa en el ajuste del comportamiento de ciertos sujetos a cambios en algunos parámetros, el libro apenas apunta los procesos dinámicos de dicho ajuste, recurriendo a la estática comparativa como método de análisis y estudiando las direcciones de cambio mediante las elasticidades de las variables respecto de otras relevantes.

La vinculación a la obra de Brunner y Meltzer hace aún más interesante este libro, en cuanto que lo pone en contacto con el resto de aportaciones de estos autores. Concretamente, es una etapa previa para aplicar el esquema a una economía abierta, como hiciera posteriormente Karl Brunner («Money Supply Process and Monetary Policy in an Open Economy», en M. B. Connolly y A. K. Swoboda, eds., *International Trade and Money*, Londres 1973, cap. 8), para demostrar que ni la independencia de la función de oferta de dinero respecto de la demanda ni la

posibilidad de control de la masa monetaria por parte de las autoridades se ven seriamente afectadas por el carácter abierto de las economías nacionales ni por la fuerte interdependencia de los mercados internacionales de capitales. Además, este libro constituye una etapa conveniente para adentrarse en los modelos «monetaristas» elaborados recientemente por Brunner y Meltzer, como alternativa dinámica al tradicional modelo Hicks-Hansen (cfr.: K. Brunner y A. H. Meltzer, «Money, Debt, and Economic Activity», *Journal of Political Economy*, septiembre-octubre 1972; *Ibid.*, «A Monetarist Framework for Aggregative Analysis», en *Kredit und Capital*, Proceedings of the First Konstanz Conference on Monetary Theory and Policy, 1972; *Ibid.*, «Mr. Hicks and the Monetarists», *Economica*, febrero 1973).

El libro está dividido en diez capítulos. Tras un primero de introducción, el segundo desarrolla el modelo sencillo del multiplicador monetario, que luego es reelaborado con mayor profundidad, junto con el concepto de base monetaria, en el capítulo 3. El cuarto estudia los factores de los que dependen los parámetros de los multiplicadores; los capítulos 5 y 6 analizan el mercado de crédito, muy interesante en los modelos monetaristas mencionados antes. El capítulo 7 se ocupa de los efectos de algunas políticas de la Reserva Federal sobre los multiplicadores del dinero y del crédito, concretamente de las operaciones de mercado abierto, de los requisitos de reserva y del tipo de redescuento, bajo distintos supuestos alternativos, sobre diferentes variables y en diversos plazos. Los capítulos 8 a 10 tratan, finalmente, de la puesta en práctica de la política monetaria bajo diversos supuestos alternativos, cerrando el libro una bibliografía que, aunque interesante, dista mucho de ser completa.

La obra nos parece de interés para los cursos de teoría y política monetaria en las universidades españolas. Con todo, su enfoque está muy centrado en la realidad norteamericana, como se pone de manifiesto por el desarrollo concedido al comportamiento de las variables en los Estados Unidos (cap. 3), por la atención pres-

tada a la «Regulación Q» (cap. 4), por las peculiaridades institucionales de los coeficientes de reserva (cap. 4) y de los instrumentos de política (cap. 8), etc. Por ello, será conveniente completar el libro con otro que le dé un enfoque más apropiado al caso español. Puede servir para tal fin el libro de R. Poveda, *La creación de dinero en España, 1956-1970: análisis y política* (Madrid 1972), aunque su contenido sea diverso y su nivel menos ambicioso. Conviene señalar las distintas definiciones utilizadas en ambos libros: así, por ejemplo, Burger maneja la base monetaria neta y excluye de ella el crédito del Banco Central a los bancos, a diferencia de la práctica de Poveda y del Banco de España. Nos parece más adecuado el enfoque de Burger, e incluso creemos que el propio Banco de España lo ha venido a reconocer así en sus más recientes Informes Anuales.

ANTONIO ARGANDOÑA RÁMIZ

El Rapto de Europa, L. DÍEZ DEL CORRAL. Alianza Editorial, Madrid, 1974, 430 pp.

La fuerza, la poderosa evocación del mito, incitan a la lectura de este ensayo cuyo subtítulo, *Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, lo sitúa en un plano científico más concreto, para recorrer todos sus capítulos que ofrecen un panorama diacrónico-sincrónico de algo muy viejo, muy actual y más discutido cada día: Europa. Es notable cierto paralelismo entre el Prólogo y el Epílogo —con nueve capítulos intercalados— de la edición que comentamos.

El Prólogo es como una síntesis de la obra que introduce ampliamente al lector en su contexto; es una obra densa, interesante tanto para el historiador o el economista, como para el filósofo, el sociólogo o el político, traducida a los principales idiomas cultos europeos e incluso al japonés, apareciendo «El Japón, máximo robar de Europa». Es lógica esta última versión del ensayo, pues el libro contiene un contrapunto Occidente/Oriente

y, además, afirma el autor: «El aislamiento del Japón no implicó verdadera renuncia a la cultura y la tecnología europeas, sino decisión de mantener una independencia celosamente guardada y hecha posible por una primera europeización bélica...» Después del apartado «Los avatares del nacionalismo», cuestión problemática que se debate en uno de los capítulos, concluye el Prólogo con «Voces del Oriente» que dictaminan: «Ahora son los viejos europeos los que casi únicamente buscan el bienestar y los orientales rejuvenecidos los que predicar la disciplina y el vigor militar...» afirmación que, junto con otras, hace plenamente aceptable la coyuntura actual, de 1974 y no anteriormente, «...tanto por la vertiente interna como por la externa de 'el rapto de Europa'».

El primer capítulo, «Europa y la Historia Universal», afirma la preponderancia histórica europea y profundiza en las diferencias fundamentales «... entre el desarrollo histórico de Europa y los de los otros pueblos...» y estos puntos se analizan según distintos enfoques filosóficos —Comte, Hegel, Heine, Kierkegaard—. Aunque la Europa decimonona sigue un proceso acelerado, dinámico y está presente en todo el mundo, se configura *La historiografía nacionalista* abandonando «...los amplios puntos de vista universalistas de la Ilustración... y se dedican al estudio de las historias nacionales». Mientras, renace en Occidente *la concepción cíclica de la historia*, cuando Spengler puede profetizar, con los ojos vueltos a la Antigüedad: «Una última crisis espiritual nos aguarda, una crisis que conmovirá al mundo europeo y americano. El helenismo posterior nos dice cuál ha de ser su curso».

La paradójica *decadencia de Occidente* unida al *pesimismo decimonono* son ya signos de las actitudes de protesta y descontento que vive la Europa contemporánea, pues atraviesa una crisis de crecimiento debido, en parte, a su heterogeneidad cultural. Ya Nietzsche lanzaba sus anatemas pesimistas al mundo burgués europeo, articulando «...la crítica despegada e incisiva de la Europa burguesa con su vigorosa visión simbolista y morfológica de las

unidades históricas y con su intuición central del eterno retorno». Finaliza el capítulo enfrentando nuevamente a los dos hemisferios llamados *Oriente y Occidente* en un contexto mundial y bajo diversas apreciaciones, cerrándolo con una recomendación de A. Rimbaud a los filósofos: «Ne soyez pas un vaincu. Philosophes, vous êtes de votre Occident».

«¿Decadencia o rapto?» se titula el segundo capítulo, cuyo común denominador es la cultura europea, sus características y repercusiones, y la pregunta inicial es su base, pues: «¿En qué consiste la peculiaridad esencial de la cultura europea frente a las demás, y cómo les abrió y les impuso unos horizontes universales?». Siguen abundantes opiniones de los filósofos europeos, sobre todo de Max Weber quien «pondrá de relieve el papel esencialísimo que la creencia y la moral cristiana han desempeñado en la constitución del espíritu capitalista europeo... La cultura europea es esencialmente una cultura secularizada». El triunfo de Europa es, pues el *Carácter representativo y generalizable de la cultura europea* y esta universalización cultural europea no se le escapa a Max Weber al emitir sus opiniones acerca de la racionalización o progresiva esterilización cultural europea y occidental. La misma expansión de su cultura, en el Japón o en Norteamérica, repercute sobre Europa y, de ahí, «El proceso de 'expropiación' de su cultura se encuentra acompañado de otro interno, paralelo y coadyuvante, de 'alienación', incluso mental».

Aquí se concretiza el RAPTO en los dos profundos significados que encierra este vocablo en español, y una de las secuelas del estado de enajenación o *rapto* es la pérdida de responsabilidad, el desvarío y una ceguera momentánea, por lo que «Europa, creadora por excelencia, se ha fabricado también, directa o indirectamente, la mayor parte de sus desdichas». Evidentemente, en contraposición al mundo oriental, «Europa ha sido, en el fondo, más acción que sabiduría». Así, con *La aceleración de la historia* se precisa la sensación vertiginosa y de tránsito entre dos etapas de la historia de la Humanidad, divididas por el ritmo del progreso técnico

arreatador, llevado quizá demasiado lejos... Como contraste, viene a la consideración del lector el apartado *Mito y pensamiento*, centrandolo a Europa, rescatándola de su locura y colocándola en el centro de la historia. Sirven de apoyo doctrinas metafóricas del «muy realista Aristóteles», llegando a la justificación del mito aplicado a la actual coyuntura de la historia europea.

De ahí se pasa a *La comparación con la decadencia del mundo antiguo*, fijándose expresamente en Grecia y el helenismo, para concluir en la pregunta: «¿Estamos en trance los europeos de empuquecerenos, de convertirnos en otros *graeculi*, justamente cuando el mundo entero se europeiza?». Termina el capítulo glosando *El mito del rapto de Europa* y Horacio, representativo de la educación de Occidente:

«Nuper in pratis studiosa florum et
Debitae Nymphis opifex coronae
Nocte sublustrī nihil astra praeter
Vidit et undas.»

Avanzando hacia Poniente, el tercer capítulo es «Europa desde España». Nuestros mitos, El Cid, Don Quijote, y nuestros famosos escritores, Unamuno, Ortega, Azorín, ocupan sus páginas. Viene a punto la frase de Ortega: «La europeización es el método para hacer esa España, para purificarla de todo exotismo, de toda imitación. Europa ha de salvarnos del extranjero». Sigue un análisis de las motivaciones europeas en la no siempre fácil Historia de España y de «... la gran empresa universal con que Iberia inaugura la Edad Moderna del Occidente», que profetizara la voz filosófica de Séneca. Signo de contradicción histórica son *La empresa y el fracaso europeo de España*, cuyo rapto e insensato arrebato cantan las estrofas de Víctor Hugo, así como su posterior despojamiento que lamentan Francisco de Medrano y Quevedo, con cultísima nostalgia. Características de la península Ibérica son por ello el *Retraimiento y añoranza* ante la imagen de la perdida Europa, con su problemática que trata de dar una explicación a la paradoja de nuestra historia contemporánea

y el 'destino pendular' que rige los movimientos internos españoles. «La epidermis de la historia y de la vida española es siempre delgada y con facilidad se abre, dejando al aire la entraña cruda de la realidad histórica», cruda afirmación que refleja nuestro Arte.

En *España como compendio de Europa*, sobresale el enfoque histórico y artístico del legado europeo que, junto con el oriental, artesora España, para reconocerla como hija de Europa en sus rasgos culturales grabados en los monumentos artísticos. De todos estos factores se concluye *La existencia cuestionable y ejemplar de España*. Europa raptada, España taurofílica y raptadas, ambas navegantes por mares ignotos, ambas enajenadas...

Se abre el capítulo cuarto como «Escenario y argumento ecuménicos» apuntando a la *Centralidad de Europa*, que sitúa al Continente en un contexto geográfico y acertadamente afirma que «Un cierto sello de ecumenidad delátase en ella a partir de su factura geológica», junto con una personalidad geográficamente definida, que se va afirmando en el transcurso de la historia con «... su presencia por todos los mares y tierras del globo». Producto de estas fuerzas es la dinámica Occidental y Europea. Es en Europa donde se encuentra la península de Grecia, representando a la Antigüedad clásica y la idea de puritanismo, mientras la Europa medieval en conjunto viene a representar una península asiática entre fuerzas universales *centrípetas y centrífugas*, notablemente el «Emplazamiento del Islam». Ortega señala esta «convivencia, positiva y negativa a la vez, de cristianismo e islamismo», características del Medioevo europeo, y se especula acerca de las influencias recíprocas del Islam y el Viejo Mundo; dos círculos concéntricos simbolizan a Europa y su proyección histórica en el mundo, hasta que la tensión del doble círculo provoca *La ruptura de la centralidad europea*, aunque, paradójicamente, Europa mantiene «... su dinámica, irradiante y reversible centralidad planetaria»: es raptora del mundo terrestre.

Del mundo cósmico salta, el capítulo quinto, «La expropiación de una ciudad campesina», a un contrapunto entre cam-

po y ciudad europeos, entre rusticidad y urbanismo, algo más sociológico derivado de la geografía cósmica del capítulo precedente. Spengler afirma que «*La historia universal es la historia del hombre urbano*». Esta parte estudia, desde la Edad Media, la revolución y la sociedad agraria europea y sus peculiaridades, *La ciudad del campo*, la *Persistencia del contrapunto urbano-campesino* y las raíces campesinas de la cultura epropea. Siguen los extremismos y sus tensiones, *La enajenación del campo*, *La expropiación de la ciudad*, ante cuyos raptos aparece la lógica 'reacción naturalista' del siglo XIX. Este capítulo contiene ideas muy fundamentales, terminando por demostrar el profundo arraigo de las ciudades europeas sometidas a la revolución industrial.

«Secularización y dinamismo histórico», título del sexto capítulo, trata primero de *Los frutos y la raíz de la historicidad europea* y de la fuerte tensión histórico-religiosa o, según *La historicidad agustiniana*, entre los dos polos representados por la ciudad celeste y la terrena, para pasar a *La tensión cristiana medieval y la secularización*, que sigue a través de la historia. Con la idea del *Progreso y distensión histórica* se llega a la ideología secularizada, obra del marxismo y expropiador, no divinizado, de Europa. «Evidentemente, el mensaje marxista no podía ser entendido de verdad en Europa, al menos en su radical contundencia». Así las mutaciones revolucionarias provocan los modernos —ismos, anti—ismos y, como resultado, el antieuropeísmo o distorsión final del mito divinizado. «En última instancia, la interpretación de Lenin contiene una condenación de Europa en bloque...». Ciertamente, el mensaje marxista y su dinamismo encuentran un clima propicio en Oriente, pero hay que fijarse aquí en el excepcional pueblo de Israel que modernamente se presenta «... como minúscula excepción frente al homogéneo panorama del Oriente». El capítulo plantea un grave dilema final: ¿distensión occidental o expropiación del patrimonio cultural y con ello de la esperanza misma?

Contiene el presente ensayo un capítulo significativamente dedicado a «La enajenación del arte», con diversos enfoques

filosóficos de la belleza formal, esteticismo, revelación artística y verdad. Grecia soporta los postulados de Heidegger, pues allí «... lo que en el futuro va a significar ser, fue puesto decisivamente en la obra de arte». Luego, la religiosidad medieval pone lo que es al servicio de su Creador.

Del culto al estilo se pasa al culto a la genialidad en el arte contemporáneo, siendo el artista como un *Robinson*, aislado como Europa raptada por Zeus. La intemporalidad del arte, el utopismo, *Un arte en tensión histórica*, expansión, universalidad cultural y artística, dimensión idealista-realista, las nuevas tendencias artísticas, los *ultras* decimonónicos y la supeditación a las leyes estéticas anteriores o su refutación, vienen a parar en *Otras disociaciones en el arte europeo*, enajenación que finaliza en *La vulgarización mecánica de un arte de la realidad* que reduce «la importancia de la ingente expropiación directa que en unos cuantos lustros se iba a producir en lo que respecta a la mentalidad y al acervo artístico de Europa». Sigue el extenso capítulo dedicado al estudio de los críticos conceptos «Nación, nacionalismo y supernación», incidiendo en la *Crisis europea y generalización de la idea nacional*. A los puntos de controversia nacionalistas, universalistas y particularistas sigue *El concierto europeo de las naciones*, comparando el nacionalismo exacerbado en Europa con el federalismo del nuevo Occidente ultramarino en el continente americano. El Nuevo Mundo aparece libre y feliz, sustraído «a las presiones internacionales del Viejo Mundo, pero sin incurrir en la atonía típica de las grandes unidades político-geográficas cerradas, como ocurría en Asia...». Aparece también el Estado actual de «Europa entre supernaciones», como un mundo destrozado.

Un salto atrás por obra y arte de magia, para enfocar «Los problemas que plantea el desarrollo de la ciencia y la técnica de nuestros días y sus consecuencias en todos los órdenes de la vida...» en el último capítulo, «Europa, aprendiz de brujo». Aquí el símbolo, el mito fecundo es de factura centroeuropea, es el *Fausto*, de Goethe, mente sintética, poética y filosófica a un tiempo y, por esto, «Las

imágenes e ideas del Fausto constituyen un arsenal imprescindible para comprender el destino de la cultura que se ha venido en llamar fáustica...». Pues la idea fáustica incide singularmente en el mundo contemporáneo o *La edad de la máquina*, que arranca ya de *La vocación técnica del Medioevo*, hoy plenamente realizada en *Una ciencia sin parangón*. «Porque en lo tocante a la ciencia y sus aplicaciones prácticas, el Occidente europeo no se ha limitado a inventar formas distintas..., sino que ha descubierto un continente nuevo.»

Prometeo y Fausto es la feliz definición y síntesis de la rebeldía religiosa y los riesgos que implicaban el conocimiento, la ciencia o la técnica ante la anturaleza y la divinidad, si el hombre se halla solo. Ciencia y técnica son asimismo dos polos de tensiones opuestas en Occidente y en Oriente. El monopolio de la técnica es europeo y sí, en Oriente, el hombre se disuelve en el fondo misterioso y divino de la naturaleza, en Occidente pierde sus facultades, ennegado, aherrojado o anulado por la técnica y la racionalización característica del capitalismo, producto exclusivamente europeo y capaz de ser trasplantado, al igual que los progresos técnicos. En el penúltimo apartado, *La super-técnica y Europa*, se adivina el potencial materialista técnico, que simboliza la fuerza bruta del mítico animal astado, pues «La técnica sería, además, el gran vehículo de expropiación de la cultura europea», de esta fuerza espiritual, Europa, la mítica nímfa raptada.

Las reticencias del Fausto europeo, científico ennegado, cierran el ensayo, en que el autor pone en boca de la Europa de nuestros días las palabras proféticas de Fausto:

«No he hecho más que desear y satisfacer mis deseos, para anhelar siempre de nuevo, pasando así impetuosamente a través de la vida; ...»

El Epílogo gira *En torno a la definición de Europa*, sus raptos y raptores, y señala con esperanza a la raptada, conservadora del tesoro humanístico, apareciendo, conclusivamente, *Los horizontes del futuro*,

donde la filosofía y la religión han de dialogar con un mito europeo superprometeico, que es Fausto, y que actualmente acusa, sin embargo, ciertas semblanzas con otro mito nacional enajenado por sus raptos idealistas, con «El Caballero de la Triste Figura».

MARIÀNGELA CERDÀ I SURROCA

The Entropy Law and the Economic Process, N. GEORGESCU-ROEGEN. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1971, 457 pp.

Por razones obvias este libro está destinado a causar cierto revuelo en el Kamashutra de las posturas metodológicas. Además, y de forma similar a lo sucedido hace algunos años con el libro del profesor Papandreou, *La Economía como Ciencia*, es muy posible que el balance final arroje un mayor porcentaje de críticas que de adhesiones a pesar del talento y seriedad reconocidos al autor quien, por otro lado, no es la primera vez que se lanza a explorar las singladuras metodológicas. Porque, si por regla general, las comunidades científicas ya se hallan poco dispuestas a que se les enmiende la plana, mucho menos lo están a que se les diga que gran parte de sus conocimientos no sirven apenas para nada, es decir, que la ciencia no se halla contrastada ni por la naturaleza de sus sistemas ni por la observación extraída de la experiencia o de los hechos.

La línea de ataque escogida por el profesor Georgescu-Roegen es la de la consideración mecanicista del aramazón teórico sobre el que se apoya la economía. «Ninguna ciencia ha sido tan abierta y constantemente criticada por sus sirvientes —dice— como la economía... Pero el pecado mecanicista de la ciencia económica es mucho más profundo que su criticismo. Este pecado existe incluso si observamos a los procesos económicos desde una óptica exclusivamente física. La única verdad es que la economía en la forma que en la actualidad es generalmente profesada, es mecanicista exactamente en el

mismo sentido que creemos que sólo la mecánica lo puede ser» (p. 1).

La economía como disciplina científica aún no ha conseguido eliminar la ficción del *homo oeconomicus*. El proceso económico se representa a través de una serie de modelos más o menos generales, situados cada uno a continuación del otro; el límite de todos estos algoritmos es una matriz abstracta en la que cada proceso puede representarse por medio de un solo elemento, es decir, cada proceso se reduce a un solo punto instantáneo en el espacio temporal. Para expresarlo en palabras del autor, «el proceso económico nunca induce ningún cambio cualitativo ni viene afectado por los cambios cualitativos del medio ambiente (*environment*) en el que se halla anclado. Es un proceso aislado, autocontenido y ahistórico —un flujo circular entre producción y consumo sin orificios de entrada ni de salida» (p. 2). El fin de este proceso es conseguir la maximización de los beneficios del empresario y hacer máximo el consumo de los individuos, a través de una supuesta maximización de sus utilidades subjetivas. Más aún, en último término, todo el proceso puede todavía sintetizarse más y expresarse simplemente por la consecución de la tasa más alta en el crecimiento de la renta *per capita*, como han expresado 'muy bien' en sus deseos los políticos de los últimos tiempos. De ahí que para muchos la esencia de todo el sistema y el proceso económico sean un simple número, algo muy similar a lo que Pitágoras, ya hace siglos, creyó encontrar la verdad.

La lógica de tales procesos es la puramente deductiva. Las cadenas son del tipo si A entonces B, A no puede ser a la vez B y no B, etc., rechazando la posibilidad de que A pueda ser a la vez B y no B. La primera forma de construir teorías es la de la lógica de los procesos mecánicos que son reversibles y no contradictorios. La segunda es la de los procesos dialécticos que poseen las propiedades contrarias.

Frente a este panorama la posición de nuestro autor es doble. Si, por un lado, no puede negarse la validez ni la existencia de los procesos mecánicos, estos

procesos no son los únicos que habitan la esfera económica. A su lado, coexisten procesos de tipo dialéctico que afectan profundamente a la naturaleza de los sistemas, de modo que no es lícito construir teorías prescindiendo de ellos. A largo plazo, existirá una preeminencia de los segundos frente a los primeros.

No obstante, la dialéctica que introduce Georgescu-Roegen no es exactamente la dialéctica de Hegel o la de Marx, si bien existen numerosos puntos de contacto. La dialéctica de los procesos económicos es idéntica a la dialéctica existente en los procesos físicos. Éstos no proceden de la abstracción sino de la observación y se hallan explicitados en las leyes de la entropía introducidas por Classius a mediados del siglo XIX, como fundamentos de la termodinámica y que pueden expresarse del siguiente modo:

La energía del universo permanece constante; existe una tendencia inherente en el universo a moverse desde el orden hacia el desorden, tendiendo en todo momento hacia un máximo. Si un estado se halla en equilibrio tenderá en un momento dado a apartarse del mismo; si un estado ya parte del desequilibrio nunca se saldrá del mismo y se moverá, irrevocablemente, hacia el máximo.

Además estos procesos son ciertos cualquiera que sea el tipo de energía considerada: mecánica, térmica, nuclear, solar, etc.

Los ocho primeros capítulos del libro —210 páginas— se destinan a presentar estas leyes y a ofrecer una discusión de las mismas, tanto desde el punto de vista puro de la física como del de la metodología científica en general (capítulo II).

Los restantes capítulos se dedican a analizar el proceso económico. Según Georgescu-Roegen, la entropía constituye la ley económica más natural por excelencia. Las observaciones de que disponemos, resalta, son suficientes para probar que *toda nuestra vida económica sustenta una baja entropía* (p. 277); una baja entropía es una condición necesaria para que las cosas posean utilidad (p. 278), desde el momento que éstas derivan su valor de la escasez. Tanto los recursos naturales como

aquellas mercancías producidas a partir de otras mercancías, tienden a pasar desde un estado de baja entropía a uno de alta entropía. Una cantidad de baja entropía sólo puede utilizarse una vez (páginas 278-279).

El consumo actual, las altas tasas de beneficios, de crecimiento, etc. tienden a acelerar este proceso y a disminuir los valores futuros. La aparición de la población, los desequilibrios internacionales y/o regionales la persistente inflación, etc. son las manifestaciones más evidentes de estos procesos entrópicos.

Además, éstos conllevan ineludiblemente la aparición de conflictos sociales y de la lucha de clases. Pero a diferencia de Marx, Georgescu-Roegen, no cree que éstos puedan ser superados a través de la socialización de los medios de producción o del advenimiento del estado comunista. El cambio de los conflictos sociales, dada la irreversibilidad de las leyes de la entropía, implicaría un cambio radical en la naturaleza humana en sentido biológico que, hoy por hoy, es bastante inconcebible (pp. 306-307), del mismo modo que evitar los efectos destructores del crecimiento obligaría a un retorno de la vida comunal de tipo primitivo. «*Sólo la propiedad comunal de los medios de producción —escribe— es, con toda probabilidad, único régimen compatible con cualquier modelo de distribución*» (pág. 308).

El último capítulo se enfrenta al problema de la economía como ciencia. Independientemente de definiciones como las del tipo de «caja de herramientas», la ciencia se entiende como un archivador lógico de todas las proposiciones existentes en un dominio particular de modo que cualquier proposición aceptada se halle en los fundamentos lógicos de una teoría o sea deducible de la misma. Este archivador es útil —señala—, para entender la naturaleza de los fenómenos cuando su número es relativamente escaso, pero no sirve para nada cuando tiene archivadas un gran número de proposiciones (página 322). Por ello, los economistas han levantado su edificio teórico de forma que contuviera el menor número posible de proposiciones, lo cual han conseguido de forma relativamente fácil al introducir

los postulados de la «racionalidad» y al suponer que el individuo actúa dentro de un marco institucional dado en el que se encuentra tan a gusto que no le influye para nada. Si el proceso económico «real» no es así, la teoría económica se convierte en una sucesión de «cajas vacías» de las cuales sólo se pueden obtener igualmente generalidades vacías y carentes de sentido (p. 324). Tal como señaló en su día Bridgman, los economistas han construido sus teorías a través de un oportunismo práctico, olvidando lo que había señalado Leibnitz, al explicar la noción de continuo, de que el todo precede a las partes (citas en el texto pp. 325 y 328). Añadamos, que sólo Marx parece haber tenido razón al intentar construir una teoría que no eludiese estos problemas.

La Economía en su conjunto no cumple las condiciones mínimas para ser considerada como una ciencia, no sólo de las cantidades observables sino también del hombre. Con todo, ello no quiere decir que la economía sea una disciplina inútil. Incluso los modelos más simples sirven de guías para la acción económica de producir y distribuir. Para nuestro autor, la tarea que espera a los economistas es la de acometer el estudio de la teoría partiendo de la premisa que «el principal problema reside en la comprensión de como piensan los hombres». Esto sólo es posible si «se utiliza el puente proporcionado por las categorías mentales a todos familiares y por las propensiones que son comunes a todos» (p. 384).

Frente al apocalipsis anunciado por la acción de la entropía sólo resta pensar en la posibilidad de las «utopías», al estilo de las expuestas por Skinner en el *Walden Dos*. Las conclusiones de este libro quizá sean un tanto decepcionantes. Las utopías como alternativas tienen el inconveniente de ser malos hilos conductores de la acción. Con todo, el libro del profesor Georgescu-Roegen es altamente sugestivo, y no deja de constituir un excelente revulsivo para ciertos modelos excesivamente positivistas. El reconocimiento del papel dialéctico de los movimientos económicos es una novedad fuera del campo marxista, y no cabe duda que si los

economistas en el futuro quieren gozar de cierto prestigio científico deberán ser más «radicales» en el momento de abordar el estudio de su disciplina. Frente a los agudos problemas económicos del mundo contemporáneo no es posible continuar con el divorcio entre teoría y realidad.

EDUARD BERENGUER COMAS

La economía y el interés público, R. T. GILL. Ed. C.E.C.S.A., México, 1973, 352 pp.

El libro del profesor Gill que nos ocupa, es un libro introductorio a la economía, pero con ciertas peculiaridades. En primer lugar, la distribución por materias es desigual, dando preponderancia a lo que se conoce convencionalmente por macroeconomía y minimizando, tanto en términos absolutos como relativos, la formación de los precios de mercado y su análisis. En segundo lugar, el público al que va dirigido, como explicita el mismo autor en el Prefacio, son: «...estudiantes de un curso semestral de economía y personas interesadas que deseen una introducción general al moderno análisis económico...».

Sin embargo, no es un libro de texto tal como se concibe en las universidades españolas, pues, como se indicó, la extensión dedicada a las distintas áreas de estudio es irregular, lo que le invalida para dicha finalidad. Por ello, es más bien el hombre de la calle que quiere satisfacer su curiosidad acerca de los principios básicos de economía a un nivel más analítico que el mero artículo de periódico, el público idóneo para dicha obra.

Por otra parte, de ahí el título del libro: «La economía y el interés público». Éste puede inducir a error al lector prevenido haciéndole suponer que se va a enfocar los problemas económicos desde la perspectiva del interés estatal, cuando más bien el «interés público» se refiere al juicio de valor del autor acerca de lo que interesa a la «mass media». De hecho, al seleccionar el material, se ha pensado básicamente en el lector medio

no especializado, incluyendo, sin grandes preámbulos teóricos, los grandes problemas que le afectan de un modo inmediato; desempleo, inflación, política fiscal, etc.

Indudablemente, un libro enfocado de este modo tiene el riesgo de ser meramente descriptivo. Sin embargo, la capacitación del autor, pues no en vano ha sido durante casi una década director del curso de Principios de Economía en la Universidad de Harvard, le evita caer en parte en lo anterior, así, por ejemplo, se exponen el sistema keynesiano simple y sus variables fundamentales.

Por último, libros de este tipo entroncan con la tradición del siglo XIX en los que la Economía preocupaba a amplias esferas de la población, como lo demuestra la divulgación del pensamiento ricardiano y que motivó obras como las de Mrs. Marcet (*Conversation on Political Economy*, 1816) y de Mrs. Martineau (*Illustration on Political Economy*, 1832-1834), que según Schumpeter, se daban hasta en los pensionados de señoritas de la época.

ZAHRA LOZANO VELILLA

Production functions, foreign investment and growth, J. M. KATZ. North Holland, Amsterdam, 1969, 203 pp.

Los estudios empíricos sobre las causas del crecimiento económico han proliferado en los últimos años. La mayoría de ellos, por razones obvias, han tenido por objeto el desarrollo de economías avanzadas, especialmente la de los Estados Unidos, sobre la cual se han efectuado numerosas investigaciones de este tipo, a las que se encuentran asociados, entre otros, los nombres de Abramowitz, Denison, Solow, etc.

Aunque sólo fuese por este motivo, reviste particular interés el estudio que el profesor Katz ha realizado sobre el crecimiento de la industria argentina, ya que se trata de uno de los escasos análisis de este tipo que se refiere a un país en vías de desarrollo.

Los objetivos que la obra se plantea son

realmente ambiciosos. El autor pretende nada menos que establecer cuáles han sido las principales fuentes del crecimiento de la industria argentina durante el período comprendido entre los años 1946 y 1961, determinando en concreto la influencia que sobre dicho crecimiento han ejercido el progreso técnico, los rendimientos a escala, la sustitución de factores y el incremento de los inputs de trabajo y capital; averiguar si esta influencia ha operado a lo largo del período estudiado con la misma intensidad; examinar la naturaleza del progreso técnico; analizar la relación entre la concentración de la industria y el crecimiento de la productividad; determinar cómo se han distribuido los beneficios del crecimiento entre los factores productivos y, por último, averiguar la influencia que el aumento de la productividad ha ejercido en el crecimiento del empleo.

Los instrumentos analíticos básicamente utilizados para ello son la función agregada de producción, en sus especificaciones econométricas más conocidas (Cobb-Douglas y CES) y el análisis «cross-section», según el modelo desarrollado por Salter en 1961.

El libro está dividido en nueve capítulos, de los cuales el primero es de carácter meramente introductorio y el último una recapitulación de conclusiones. La parte inicial de la obra contiene la aplicación a los datos empíricos de funciones de producción agregada bajo los supuestos típicos del análisis neoclásico, la cual, se realiza a dos niveles distintos: en primer lugar, referida al conjunto del sector industrial y, posteriormente, llevando el análisis a cada una de las quince ramas en que se ha dividido la industria manufacturera. El capítulo cuarto resulta particularmente interesante, ya que presenta un modelo en el que se abandona a nivel interindustrial el supuesto de competencia perfecta. Los capítulos posteriores se dedican al estudio de las características del proceso de sustitución de factores y a establecer la naturaleza del progreso técnico. En su parte final, el libro aborda el análisis «cross-section» de las distintas ramas industriales consideradas, el cual confirma los resultados obtenidos en capítulos

anteriores y permite examinar la influencia del grado de concentración de la industria en la productividad del trabajo, los efectos del flujo de capital extranjero, y la distribución entre trabajo y capital de los beneficios del progreso técnico.

Las conclusiones generales del estudio apuntan que, desde el ángulo del crecimiento, el período analizado puede dividirse en dos subperíodos claramente diferenciados. El primero de ellos abarca los años 1946 a 1953 y, por tanto, coincide prácticamente con la época peronista (1946 a 1955), comprendiendo el segundo los años 1954 a 1961. Los datos empíricos muestran que desde 1946 a 1953 el producto industrial creció, en términos reales, a una tasa media anual del 3,5 por ciento, aumento que ascendió al 5,2 por ciento anual en el subperíodo siguiente. La productividad del trabajo permaneció prácticamente estancada durante la época peronista, en la que se produjo un fuerte aumento del empleo; por contra, el desarrollo de los años posteriores estuvo caracterizado por un considerable incremento de dicha productividad con una expansión del empleo algo más reducida. Igualmente significativas son las diferencias en la evolución del stock de capital que se advierten entre ambas épocas, ya que mientras en el período 1946-1953, las cifras de capital por persona ocupada muestran un fuerte aumento, en años subsiguientes la relación capital-trabajo se mantuvo estacionaria.

La utilización de funciones de producción agregada permite concluir que el modesto crecimiento del producto industrial durante la época peronista, obedeció, básicamente, al incremento de la relación capital-trabajo, que en las condiciones de autarquía impuestas al sector industrial, revistió todas las características de una mera «ampliación de capital», con escasa incorporación de progreso técnico en el nuevo equipo. Durante el subperíodo siguiente, el principal factor de crecimiento fue, en cambio, el progreso técnico incorporado a los nuevos bienes de equipo que penetraron en el país al socaire de la actitud favorable adoptada frente a las inversiones extranjeras. El abaratamiento de los costes de capital que produjo la nueva

política de promoción industrial, a través de la liberalización de importaciones, la modificación de las normas sobre amortización, etc., provocó, pese a la contención del alza de salarios de la época anterior, un fuerte descenso relativo de dichos costes, de efectos claramente «ahorradores de trabajo». En consecuencia, durante estos años se produjo un fuerte incremento de la elasticidad de sustitución del trabajo por el capital que, juntamente con el progreso técnico, fue la causa principal del considerable aumento experimentado por la productividad de aquel factor. En correspondencia con ello se produjo también un claro descenso de la participación del trabajo en la renta industrial, que de un 37 por ciento en 1954, pasó a representar un 31 por ciento en 1961.

El análisis «cross-section» confirma plenamente estos resultados y muestra que durante el período peronista las ramas industriales con mayor crecimiento del empleo y de la relación capital-trabajo fueron también las de mayor crecimiento del producto y de la productividad por persona ocupada. En cambio, durante los años 1954 a 1961, los mayores aumentos del output y de la productividad del trabajo tuvieron lugar en las industrias más beneficiadas por el flujo de capital extranjero que fueron también las de más alta tasa de progreso técnico. Es de destacar la fuerte correlación que existió durante esta etapa entre el grado de oligopolio y el crecimiento de la productividad del trabajo, lo cual fue debido, obviamente, a que las industrias más concentradas son las dominadas por el capital americano. Por otra parte, a medida que el grado de oligopolio fue aumentando, apareció una mayor rigidez en la estructura de precios que dio lugar a una elevación sustancial de los beneficios de las empresas.

El libro concluye con unas observaciones sobre los problemas con las que se enfrentará, en el futuro, el desarrollo económico argentino. Entre ellos ocupa, cómo no, un lugar relevante el de la dependencia del capital americano y la actitud que la política económica debe adoptar frente al mismo. El autor opina que el interés del capital extranjero no tiene por qué

estar necesariamente contrapuesto con el interés nacional, aunque a continuación, condiciona esta posibilidad a que las empresas extranjeras estén orientadas hacia la exportación o encuentren en el mercado interior el grado de competencia suficiente para que su actividad beneficie al consumidor nacional y no exclusivamente a sus accionistas. Sobre las consecuencias políticas de la creciente penetración del capital americano en la industria argentina, señala, pensando sin duda en las ventajas que desde el punto de vista tecnológico pueden obtenerse de la inversión extranjera, que no es posible plantearse la independencia económica y política sin pensar al mismo tiempo en cómo asegurar una alta y estable tasa de progreso técnico y concluye afirmando que cortar sin más la relación con firmas multinacionales no parece ser una política adecuada.

La obra que comentamos tiene todas las características de un producto bien presentado. El tratamiento formal de los problemas estudiados es, dentro del esquema teórico empleado, totalmente impecable. Otra cosa no podía esperarse de una investigación, que según se indica en el prólogo, se ha beneficiado de la supervisión y consejos de figuras tan prominentes dentro del pensamiento neoclásico como el profesor Hicks. Con todo, el lector no puede evitar preguntarse si un enfoque teórico distinto aplicado a los datos empíricos utilizados hubiera conducido a la misma interpretación del proceso de crecimiento de la industria argentina.

J. MOLINS CODINA

¿Qué es la historia cuantitativa?, J. MARCZEWSKI y P. VILAR. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1973, 97 pp.

Desde 1930 la investigación histórica viene usando con gran rapidez de técnicas cuantitativas. Como la mayoría de las expresiones en boga, el término «historia cuantitativa» ha sido utilizado tan ampliamente que, ha abarcado desde los trabajos de los aritméticos políticos del

siglo XVII hasta la aplicación sistemática de los modelos matemáticos para la reconstrucción del pasado. La traducción al castellano de la polémica de Marczewski con Vilar, aun cuando aparece con cierto retraso, es importante, por cuanto representa la aparición formal de lo que se denomina escuela cuantitativista en historia. El original de Marczewski «Qu'est-ce que l'histoire quantitative» apareció en *Cahiers de l'I.S.E.A.*, París, serie AF, n.º 115, en julio de 1961, y el de Vilar «Pour un meilleure compréhension entre économistes et historiens» en *Revue Historique*, P.U.F., París, n.º 474, abril-junio de 1965.

El objeto de esta nota no es el análisis profundo del contenido de ambos textos (labor realizada por comentaristas más idóneos en el período de auge de la corriente cuantitativa). Pretende, sí, dar noticia de su aparición en castellano, y ver, a la luz de estos textos, cuáles son las alternativas que se presentan al historiador de la economía, habida cuenta de la transformación que ha tenido lugar en el conocimiento histórico.

El trabajo de Marczewski, que Vilar denominó el manifiesto de la escuela, presenta los planteamientos iniciales de la misma. A lo largo del texto define la historia cuantitativa, estudia sus métodos, instrumentos y límites, para pasar luego revista a sus primeras aplicaciones en Francia y en el extranjero. Según Marczewski, el uso de estadísticas confiere a los análisis históricos un aspecto cuantitativo, pero estas aplicaciones «no constituyen una modificación fundamental de los métodos tradicionales de la historia económica» (p. 14). Si el punto de partida, o sea la elección de los datos, no se realiza por métodos cuantitativos, y las conclusiones no se prestan a una expresión cuantitativa integral, la historia económica, por más que utilice la estadística y las estadísticas, no es cuantitativa. Así pues, en palabras de Marczewski, la historia cuantitativa puede ser definida como «un método de historia económica que integra todos los hechos estudiados en un sistema de cuentas interdependientes y extrae sus conclusiones en forma de agregados cuantitativos determinados,

íntegra y únicamente, por los datos del sistema» (p. 19). Dichas cuentas, aun cuando pueden ser más o menos detalladas, deben ser necesariamente exhaustivas para abarcar totalmente el universo económico a estudiar, y Marczewski (p. 20) entiende que son necesarias las siguientes:

- Una cuenta de producción, que describa la adquisición de materias primas y su transformación en productos.
- Una cuenta de renta producida, que muestre la distribución primaria de la renta engendrada por la producción entre los diferentes proveedores de factores productivos nacionales y extranjeros.
- Una cuenta de renta disponible, que sea la redistribución secundaria de la renta producida, la formación de la renta disponible y su aplicación al consumo y al ahorro.
- Una cuenta de operaciones financieras, que represente la redistribución del ahorro y su inversión en capitales fijos, stocks y créditos extranjeros.
- Una cuenta de operaciones exteriores, que reague todas las operaciones de las cuentas precedentes, en la medida en que conciernan a las relaciones entre los agentes nacionales y el resto del mundo.

A continuación define los agregados de valores a extraer de las cuentas que considera *a priori* más importantes. El producto nacional bruto y neto. La renta nacional y su estructura: salarios, cargas sociales, ganancias distribuidas, no distribuidas, alquileres, dividendos, intereses. La renta disponible y cómo se calcula. Cómo se distribuye ésta entre familias, administraciones y sociedades; a qué se llama disponibilidades nacionales, teniendo en cuenta las operaciones exteriores; cómo hacer un balance correcto de los pagos. Qué métodos permiten un análisis útil del ahorro, de la inversión y de sus estructuras. «La facultad de descripción de estos agregados se ejerce por las variaciones de su importe y de sus estructuras en el tiempo y en el espa-

cio» (p. 24). Vilar reconoce el modelo de contabilidad nacional como «uno de los instrumentos mejor probados del análisis económico» (p. 78), pero añade a continuación que es tan sólo «un instrumento, *entre otros*, para una aproximación, *entre otras*, a la historia humana que queremos alcanzar» (p. 79).

El carácter integral y articulado de la historia cuantitativa, que constituye para Marczewski su rasgo fundamental, es lo que no acepta Vilar. Para Vilar la historia es totalización, todo acontecimiento, en alguna forma, lleva en sí lo económico; pero al mismo tiempo está formado por decisiones que no son económicas. El espacio histórico y el espacio económico no coinciden; luego, todo lo histórico no es «contable». En este sentido propone «antes de hablar de 'historia cuantitativa' ¿no sería mejor decir 'econometría retrospectiva' al servicio del análisis económico y que emplea la técnica histórica para manejarse?». Vilar ve la historia cuantitativa como un instrumento precioso, pero ni el primero ni el único. Adopta una actitud reconciliadora. No se trata de iniciar una querrela de escuelas. El teórico y el historiador no deben sustituirse mutuamente, sino «asimilar pacientemente las exigencias, las actitudes, los hábitos —una cultura— complementarios que le eviten al historiador moverse torpemente en el espacio económico y al economista desorientarse cuando retrocede a través del tiempo» (p. 73).

Transcurridos ya varios años desde el inicio de la polémica, el historiador de la economía sigue teniendo ante sí dos alternativas. a) Creer que la historia es únicamente el estudio de un sector del pasado previamente determinado en el que establecemos modelos matemáticos —situándonos así en el terreno de la economía política, con lo que convertimos la historia en un campo de datos adicional—, o bien, tomar la historia en su sentido más amplio, como disciplina no estrictamente reducible a un conjunto de conceptos y con diferentes niveles de análisis, y describir esos niveles estableciendo conexiones estadísticas entre ellos en base a hipótesis que dependerán de la intuición del investigador. Esperamos que la corriente cuanti-

tativa tenga gran desarrollo como «economía retrospectiva» sin llegar a cuestionar el conocimiento científico de la historia.

MAGDALENA SAN MIGUEL

The Accountability and audit of governments. A comparative study, E. L. NORMANTON. Manchester University Press, Praeger, 452 pp.

Aprobación y control de los gastos públicos, I. BAYÓN MARINÉ. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1972, 434 pp.

En muchos países el Parlamento inorgánico aún está ahí, entre partidos, administración y grandes empresas y asociaciones, procurando trasladar a leyes las presiones de los diferentes intereses y filosofías políticas. Y está ahí para que se le utilice más o menos según la actitud de los ciudadanos. El incremento del tiempo libre y de la capacidad lúdica activa de los ciudadanos, puede ser la espoleta que le devuelva un puesto eficiente en la enmarañada trama del poder político. Quizás así las weberianas «política de la convicción» y «política de la eficacia» pueden pasar a confundirse en una utopía democrática, simultánea al igualitarismo, que supere las limitaciones de las «utopías de la sensualidad»,¹ o el abandono al «gossplan» o a la gran empresa de las responsabilidades productivas.

Toda esa esperanza viene a cuento porque nuestro tema es el comentario del control externo, por el legislativo, de las operaciones de gasto del ejecutivo. El libro de Normanton presenta la experiencia de la mayor parte de las democracias occidentales; el de Bayón presenta el régimen jurídico español, donde apenas está iniciándose la práctica del control externo. Ambas obras se complementan porque la primera, con su insistencia en que dicho control ha de ser algo más que el

de la «regularidad» de las actuaciones, abre el camino de nuevas responsabilidades al nuevo Parlamento español. Para el economista todo el proceso significa un nuevo elemento de aclaración de las funciones objetivo y un nuevo canal de presión sobre el ejecutivo tanto de las valoraciones sociales como de los criterios de eficiencia.

En cuanto al control de la «regularidad» de las actuaciones, Normanton llega a los siguientes principios organizativos: i) Dicho control ha de recaer cada vez más en órganos de auditoría internos al ejecutivo mismo, —mejores conocedores del terreno—, si bien el estatus de esa auditoría interna debe ser de relación directa con la jefatura superior y de independencia respecto a los jefes financieros y contables. ii) La auditoría externa debe limitarse en este campo a dos tipos de actividades: examen de los métodos y procedimientos de control interno adoptados, y auditorías superdetalladas específicas, a modo de muestras, sobre centros o actividades muy concretos. iii) El control interno descrito debe ser *a posteriori*, si bien cabe un reforzamiento dentro del ejecutivo de las consultas preventivas caso de que la naturaleza de la operación lo requiera. En resumen, la batalla de la «regularidad» se ha ganado y se gana cada día más en buena parte de países, de modo que el problema es adaptarse, sin dejar la vigilancia, al enorme volumen de operaciones que ahora se realizan.

En España no existe control «externo» de la «regularidad» más que a través de las preguntas, interpelaciones o mociones de los procuradores, o la posible constitución (desde el reglamento de 1971) de comisiones especiales de investigación en el seno de las Cortes; no existen órganos independientes cuya misión sea informar al Parlamento sobre las operaciones del ejecutivo, ya que el Tribunal de Cuentas no cumple una misión analítica no confidencial. Por otra parte, en cuanto al control interno del mismo ejecutivo se refiere, tiene mayor peso el control *a priori* de los visados de intervención que el control *a posteriori* de los servicios de inspección o auditoría interna. No ha de extrañar que aquí no sea difícil

1. Sobre esas limitaciones y las tendencias lúdicas activas véase, X. RUBERT DE VENTÓS, *Utopías de la sensualidad y métodos del sentido*, Cuadernos Anagrama, Barcelona 1974.

constatar en la calle el derroche del dinero público.

Normanton continúa con la descripción de las posibilidades de la «auditoría global»; pero antes de ello recoge en dos capítulos una tipología de «denuncias» presentadas al público y al Parlamento por las auditorías occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica, Italia), demostrando que no se ha atacado la creatividad de los políticos y administradores, sino la falta de cuidado y eficacia en el manejo de los fondos públicos.

El concepto de auditoría externa global se refiere a que el servicio de estudios del Parlamento sobre la actuación del ejecutivo no debe limitarse a analizar la regularidad de las acciones de éste, sino también la efectividad de los costes incurridos, lo que requiere la reforma de los sistemas contables y su cuidadosa inspección. Puede pensarse que las oficinas de organización y métodos del ejecutivo tienen ya la responsabilidad de esa eficiencia administrativa, pero no existe duplicación: las oficinas de OM² acostumbran referirse a las cuestiones más repetitivas, mientras que la auditoría externa global se mueve a un nivel más amplio, analiza el coste comparativo de la intervención pública y, sobre todo, cuenta con el arma de la publicidad y la discusión ciudadana de las cuestiones que pueden afectar a las carreras de muchos funcionarios.

En resumen, acentuando las conclusiones de Bayón, es muy importante que «se instrumenten los medios que aseguren la presencia del Parlamento en el proceso de ejecución del Presupuesto y en sus modificaciones».

JOSÉ GARCÍA-DURÁN

Problemi dello sviluppo economico, P. SYLOS-LABINI. Universale Laterza, Bari, 1972, 260 pp.

Sylos-Labini es un economista hetero-

doxo perteneciente a esta rara especie de economistas interesados en analizar e interpretar la realidad concreta desde una perspectiva teórica y con objeto de extraer conclusiones teóricas. Esta misma preocupación por comprender el funcionamiento de la realidad da a su análisis una amplitud que desborda el campo de lo considerado convencionalmente como estrictamente económico. El conjunto de artículos y ensayos reunidos por el autor en este libro, pensando en el lector no especialista, son una clara ilustración de lo que acabamos de decir y, por otra parte, el autor muestra explícitamente desde la primera frase su posición «el fin último de las disciplinas sociales es intentar comprender el movimiento de la sociedad en que vivimos. En cada campo el estudioso adopta un punto de vista particular, pero la realidad estudiada es única» (p. 3), y el objetivo que asigna a su libro «que pueda servir para profundizar el debate crítico sobre problemas del desarrollo con estudiosos de otras disciplinas sociales» (p. 3).

Los diferentes artículos, seis en total, van desde el tratamiento teórico del desarrollo económico al análisis de aspectos concretos del mismo como son las relaciones entre agricultura e industria y la estrategia de las grandes empresas industriales, pasando por una visión global de dos modelos de desarrollo diferentes: el inglés y el italiano.

En el primer artículo, que sirve de introducción al conjunto de trabajos, el autor expone una serie de reflexiones generales en torno a la problemática del desarrollo, reflexiones que a menudo, como él mismo confiesa, le llevarán a problemas que convencionalmente se considerarían ajenos a su competencia pero que de hecho están relacionados con el desarrollo económico. En efecto «hay dos modos de entender la economía como disciplina: un modo estrecho, importante pero técnico, y un modo más amplio. Precisamente porque el objeto estudiado es de tipo histórico, el economista debe esforzarse, aunque sus fuerzas a menudo le pongan límites, a ver el objeto de su estudio en un cuadro más amplio, en un cuadro que

2. Véase para España el *Boletín OM* de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno, donde, por desgracia, hay más descripción de experiencias administrativas que análisis de la efectividad de sus costes.

necesariamente involucra todos los momentos de la sociedad» (p. 8).

El objeto central de su reflexión son las tensiones de todo tipo que acompañan necesariamente al proceso de desarrollo debido al modo con que éste se produce. Señala en primer lugar como fuente importante de tensión el carácter cíclico del desarrollo, cada flexión del cual comporta sufrimiento y desocupación. Otro factor de tensión lo constituye el trabajo moderno que, con su mayor eficiencia, incrementa la tensión nerviosa y psíquica. Finalmente, aumenta el tiempo libre pero los hombres que hasta hace poco han trabajado todo el día no saben como llenarlo y a ello contribuirá el propio mecanismo del desarrollo con una serie de consumos inútiles.

La tensión que considera más grave es la existente entre países desarrollados y países subdesarrollados, la cual se debe al hecho de que estos últimos han quedado fuera del proceso de desarrollo y, al mismo tiempo, estrechamente ligados al mismo, pero como víctimas; el enorme proceso de desarrollo que se ha producido en una parte del mundo, ha englobado en sus relaciones al mundo entero y estas relaciones a menudo han sido brutales y sangrientas. Es por ello que los países atrasados no pueden elegir el quedarse al margen del desarrollo. Si no quieren continuar siendo sujetos pasivos y explotados deben intentar a su vez desarrollarse. Pero «los países más avanzados, principalmente Norteamérica, tienen establecidas unas relaciones con estos países atrasados, relaciones basadas en intereses económicos en sentido amplio y, en definitiva, en la fuerza. De aquí una tensión que se convierte en tensión internacional» (p. 12).

Su visión crítica se extiende también a los países que han iniciado más tarde el proceso de desarrollo con un método colectivista señalando la tensión paradójica que en ellos se produce debido a que, por un lado, el proceso de desarrollo elegido ha requerido un alargamiento de la enseñanza a todos los niveles con el consiguiente aumento de las personas capaces de razonar críticamente, mientras que por el otro, el aparato que ha puesto en mar-

cha tal desarrollo sigue siendo un aparato de coacción.

Concluye este primer artículo destacando la necesidad de que el aspecto cuantitativo del desarrollo vaya perdiendo importancia y sea cada vez más importante el aspecto cualitativo de la distribución de los recursos entre diversos fines, dando la prioridad al desarrollo humano en su más amplio sentido. Introduce, con ello, la noción de libertad a combinar con la de determinismo en la elaboración de los modelos de desarrollo, así como en la interpretación de los procesos históricos de desarrollo, pues considera que este grado de libertad que existe en los sujetos individuales existe también en los agregados y es cada vez más tomada en cuenta formalmente por los economistas.

El segundo trabajo consiste en un análisis de los aspectos más relevantes del tratamiento dado por Marx y por Schumpeter al problema del desarrollo. Sylos-Labini destaca en ambos autores la cualidad de tratar este problema dentro de una visión general de la economía «en definitiva, toda la obra marxista y toda la obra schumpeteriana trata únicamente de este problema en sus múltiples, complejos aspectos particulares» (p. 19). El autor intenta en su ensayo aislar algunos de estos aspectos, aquellos más directamente relacionados con el problema del desarrollo.

En su análisis de lo que podríamos llamar modelo de desarrollo de Marx, el hilo conductor lo constituye el concepto de acumulación, presupuesto básico de todo proceso de desarrollo. Así, se refiere sucesivamente al rédito neto y a la plusvalía en los clásicos y en Marx, a la reproducción simple y ampliada, a la necesidad de la acumulación en el sistema capitalista y a la forma en que ésta se produce, es decir, a las innovaciones técnicas y a la competencia. Estos últimos fenómenos le llevan a considerar otro aspecto del «modus operandi» del proceso de acumulación capitalista presente en la obra de Marx: el ciclo y la desocupación. El autor constata la dificultad de presentar una teoría global y sistemática del ciclo ya que «precisamente porque para Marx el ciclo no es más que la forma de

la evolución capitalista, toda su obra, que tiene por objeto el estudio de esta evolución, tiene que ver con el ciclo» (página 31). Destaca el hecho de que para Marx los aspectos monetarios del ciclo son subsidiarios del aspecto fundamental que es la innovación técnica en el proceso de acumulación, la cual, liberando periódicamente una considerable cantidad de fuerza de trabajo con la consiguiente reducción de la masa de salarios y de la demanda, es la verdadera desencadenante de la fase depresiva del ciclo y la que permitirá, mediante las nuevas disponibilidades de mano de obra que crea, una ulterior acumulación. Finalmente se refiere a la tesis de Marx sobre la progresiva concentración de las empresas como consecuencia lógica del proceso de acumulación, y que considera como una de sus tesis más vitales y fecundas. Si bien encuentra insatisfactorio el análisis del monopolio efectuado por Marx, toda la construcción teórica del cual presupone la competencia, reconoce que las condiciones de su época no era las más adecuadas pues los carteles y trusts no se consolidaron hasta finales del siglo pasado.

El análisis de la problemática del desarrollo en Schumpeter, lo efectúa en comparación con la de Marx, con la intención de mostrar la relación existente entre ambos, pues, para el autor, a pesar de las grandes divergencias, son más importantes aun los aspectos comunes de las dos teorías. Así, compara la reproducción simple de Marx con el flujo circular de Schumpeter y señala que, para los dos, el ciclo no constituye un problema separado del desarrollo sino precisamente la forma que éste asume en el sistema capitalista, aunque luego el análisis que cada uno hace del ciclo no tenga ningún parecido ya que, para Schumpeter, los factores monetarios son determinantes. Un aspecto importante de la teoría del ciclo señalado por el autor, es el hecho de que aquél consiste en una rotura del equilibrio provocada por los empresarios innovadores, adquiriendo, por ello, mucha importancia la distinción entre industrias que inician el ciclo e industrias que siguen detrás y resultando inadecuado el método de los agregados para la explicación de dicho

proceso. Esta tesis será ampliamente utilizada por el autor en sus análisis de procesos concretos de desarrollo.

Sylos-Labini subraya una diferencia esencial en las concepciones de ambos autores sobre el desarrollo capitalista y sus implicaciones. Mientras que para Marx son factores económicos secretados por el propio sistema capitalista los que le minan, para Schumpeter el capitalismo es económicamente estable y, desde el punto de vista económico, su desarrollo no tiene límites. Si a pesar de ello tiende a transformarse en un sistema diferente ello se debe a razones institucionales y sociológicas. Lo más importante en este aspecto sería la «erosión de la base de la propiedad» y «la obsolescencia de la función del empresario innovador».

Con esta base teórica de partida, en el tercer ensayo aborda el análisis de algunos aspectos del desarrollo económico de un país hoy avanzado: Inglaterra. Es la única parte cuya lectura resulta algo árida con su obligada referencia a series de precios, producción, salarios y otras grandes variables económicas a través de dos siglos. Sylos-Labini distingue dos fases en el desarrollo económico; la primera, aquella en que predominan las pequeñas empresas dirigidas directamente por sus propietarios, dura en Inglaterra hasta el octavo decenio del último siglo. A partir de este momento se afirman progresivamente en la industria y en las finanzas, hasta alcanzar una posición predominante, las grandes sociedades anónimas, los carteles, los trusts y los holdings.

En relación con estas dos fases, el autor plantea el problema de los mercados. Las empresas innovadoras, que son las que en cada fase conducen el desarrollo, prefieren invertir en la propia industria que constituye para ellas un terreno conocido. Ello supone un incremento de la producción y cuando ésta presiona los precios hacia abajo, hasta hacer desaparecer el beneficio extraordinario, es necesario encontrar mercados en el exterior o parar la expansión. Las exportaciones permiten, por tanto, mantener el desarrollo de los sectores más dinámicos y a través de los efectos difusores, de toda la economía. Esto es lo que ocurrió con la industria

textil. En la segunda fase atribuye aún una mayor importancia al mercado exterior debido a que la industria artesanal a la que en la primera fase la industria moderna podía arrancar mercados, es ahora insignificante. Este papel tan importante del mercado exterior como factor de expansión, que según el autor se da también en los países que han empezado más tarde su proceso de desarrollo, tiene para éstos aspectos negativos ya que en los mercados exteriores se encuentran ya los productos de los países desarrollados y la competencia resulta difícil. El proceso de desarrollo de un país de este tipo constituye, precisamente, el objeto de análisis del siguiente ensayo.

En este ensayo, el más largo, importante e interesante de los seis que componen el libro, se analiza el desarrollo económico italiano. Consta de dos partes: en la primera se pone de manifiesto el dualismo que caracteriza el desarrollo económico italiano y que se concreta en una polarización geográfica norte-sur; en la segunda traza el cuadro de conjunto de las diferentes fases del desarrollo analizando luego cada una de dichas fases. La tesis que subyace en su análisis del dualismo económico es que el moderno proceso de desarrollo se produce a través de una serie de tensiones: la industria moderna, sector de punta del desarrollo, se contrapone a la industria artesana y como la expansión de la industria exige una correlativa expansión de la producción agrícola, también en este sector se ha producido una dualidad entre la agricultura moderna en expansión y la hacienda tradicional que subsistía a su lado. Dicha contraposición se ha producido también en los servicios.

Señala el autor la coexistencia a través del tiempo y en medida diferente según los países, de las actividades modernas y premodernas, cumpliendo éstas una función en el proceso de desarrollo ya que, además de proveer materias primas, liberan mano de obra y ensanchan el mercado debido a la nueva demanda de los trabajadores que pasan a ser asalariados en las actividades modernas.

Su análisis se centra en lo que considera las dos manifestaciones fundamenta-

les del dualismo económico italiano: «el dualismo en los movimientos de la población y de la ocupación y el dualismo en el interior de los grandes sectores de actividad económica». Son abordados sucesivamente una serie de índices del dualismo norte-sur, tales como la evolución de las tasas de natalidad y mortalidad, la emigración al extranjero, la emigración interna, la ocupación precaria, la subocupación, y una serie de aspectos como el dualismo industria-agricultura que se manifiesta en un diferente ritmo de modernización y en una diferente estructura dimensional que repercute en una diferente capacidad de influir sobre los precios, y el dualismo industria moderna-industria tradicional cuya manifestación más clara es la disminución absoluta de la ocupación en la industria meridional.

Sylos-Labini distingue cuatro fases o períodos en el moderno proceso de desarrollo económico italiano. La primera fase (1862-1897) es asimilada a la fase de la acumulación originaria descrita por Marx. El período 1897-1913 es considerado propiamente como el del inicio del desarrollo, marcado por un rápido desarrollo productivo impulsado por un notable incremento de las exportaciones; es en este período cuando se sientan las bases de la industria italiana y paralelamente, y como consecuencia de este desarrollo industrial, tiene lugar una expansión del proletariado y de sus organizaciones de clase. El tercer período señalado es el comprendido entre las dos guerras mundiales, período marcado por la gran depresión del 29 y por la crisis italiana del 21 que por sus consecuencias sociales y políticas tiene particular relevancia. El autor se refiere al papel de la gran burguesía en el establecimiento del poder fascista, el cual, una vez en el poder, supo pagar los servicios prestados por aquélla. Analiza, asimismo, las posibles divergencias entre la política económica fascista a partir del 29 y la seguida por los demás países capitalistas, encontrando tan sólo diferencias sustantivas en el campo sindical y corporativo.

El último período, el de la postguerra, es considerado por el autor, junto con el segundo, como el de más rápido desarrollo económico. Hace referencia al hecho

decisivo de que Italia quedará después de la guerra en el área de influencia americana y a sus consecuencias políticas y económicas: paralización de la reforma de las estructuras institucionales del país emprendidas bajo el empuje surgido de la Resistencia junto con la salida del gobierno de socialistas y comunistas por un lado y el Plan Marshall por el otro. La tesis de Sylos-Labini es que el impulso más importante para el desarrollo viene dado por la demanda exterior y el rapidísimo aumento de las exportaciones y por el ensanchamiento de los mercados interiores. Las primeras vendrían facilitadas en el orden interno por la amplia disponibilidad de mano de obra debido a la desocupación estructural y a la subocupación agrícola, y al rápido aumento de la productividad, especialmente en la industria, debido a la aplicación de técnicas modernas importadas de los países avanzados. Hay, sin duda, muchos elementos de paralelismo entre este modelo de desarrollo y el desarrollo español de la última década.

Como conclusión a su análisis, el autor reflexiona sobre las características del desarrollo económico de países, que como Italia, han empezado su proceso de desarrollo mucho más tarde que Inglaterra, apuntando, junto con las ventajas de poder acceder inmediatamente a la tecnología moderna, las desventajas originadas por tres tipos de saltos: el salto tecnológico, el salto del mercado y el salto empresarial. Considera también que en las economías atrasadas las fuerzas privadas son impotentes para realizar ellas solas estos saltos sin la ayuda del Estado. El autor no se refiere en cambio y parece importante, al papel que pueden jugar las inversiones directas de capital extranjero. En el caso español, al menos, su papel decisivo parece fuera de toda duda.

En el siguiente ensayo el autor aborda el análisis de algunas relaciones existentes entre agricultura e industria en el proceso de desarrollo. Tras admitir que a primera vista la profunda mutación que se produce en la composición de la ocupación puede relacionarse con la ley de Engel, considera que «si queremos comprender el proceso que da lugar a tal muta-

ción y los problemas que de ella se originan en las economías capitalistas, debemos considerar más de cerca las principales características diferenciales de la agricultura respecto a la industria y a las demás actividades». Estas características diferenciales hacen referencia a la mayor flexibilidad, durante las fluctuaciones cíclicas, de los precios e ingresos agrícolas respecto a los no agrícolas, al empeoramiento progresivo de la relación entre precios agrícolas y no agrícolas, al crecimiento de los márgenes comerciales e industriales, y a que los ingresos individuales agrícolas son crónicamente inferiores a los no agrícolas.

Las causas apuntadas para explicar tal situación se refieren, básicamente, a la dificultad de adaptación de la oferta a la demanda debido a la duración del ciclo productivo y a las influencias climáticas, a las condiciones técnicas e institucionales de la actividad agrícola que impiden las oportunas reconversiones hacia ciertas categorías de productos agrícolas de mayor elasticidad-renta, y a la diferente estructura del mercado en las actividades agrícolas y extra agrícolas, es decir, al hecho de que el mercado agrícola haya permanecido fundamentalmente concurrencial mientras en los demás sectores se han consolidado situaciones no concurrenciales. Señala que «los agricultores podrán estar mejor en la medida en que logren reforzar su poder contractual respecto de la industria» y «en la medida en que dejen de ser simples agricultores y logren, con sus organizaciones, efectuar una integración vertical para la transformación industrial y para el comercio de sus productos». La solución a la que apunta es la constitución de cooperativas con la ayuda del Estado.

En el último ensayo, efectúa algunas reflexiones sobre la estrategia de las grandes empresas industriales, las cuales aparecen como el fruto lógico y necesario del propio desarrollo capitalista, constituyendo actualmente la forma predominante de empresa. La insistencia de la teoría convencional en analizar una empresa industrial abstracta respondiendo a los supuestos de la competencia perfecta, resulta tanto más sorprendente. Como dice

el autor «por querer abarcar demasiado se termina por abarcar bien poco».

Dos características esenciales observa el autor en las grandes sociedades modernas, las cuales las distinguen de las empresas del siglo pasado: la separación de la propiedad y de la dirección, y el no actuar en condiciones de concurrencia. Se pregunta en qué modo tales circunstancias pueden afectar al motor fundamental de la empresa clásica: la maximización de los beneficios. A este respecto considera que dicho objetivo fundamental subsiste, pero mientras en la empresa clásica la maximización del beneficio está pensada en el corto plazo, en la gran empresa moderna lo que se desea maximizar son los beneficios a largo plazo. Las razones de tal comportamiento son relacionadas con las condiciones oligopolísticas del mercado (impedir la entrada de nuevos oferentes, etc.). Además, los managers están interesados en maximizar los beneficios a largo plazo sea por razones pecuniarias o por razones de seguridad, autonomía y poder. Ante el límite marcado al desarrollo de la empresa por las posibilidades de ventas, las alternativas que se abren a la misma según el autor son: presionar sobre la demanda mediante la publicidad, lanzar nuevos productos, crear o participar en nuevas empresas, realizar actividades puramente financieras, utilizar los beneficios en empleos no productivos, y distribuir mayores dividendos.

Se plantea, asimismo, qué problemas puede provocar tal desarrollo en la econo-

mía globalmente considerada y señala tres importantes cuestiones: la divergencia entre desarrollo cuantitativo y cualitativo, la potencialidad de las grandes sociedades anónimas, no sólo para la producción sino para el abuso, el fraude, y la especulación, y los problemas que plantean el desarrollo de las sociedades multinacionales. Finalmente esboza un análisis sobre las relaciones entre beneficios, demanda efectiva y desarrollo de las ventas apuntando la hipótesis de que el crecimiento de los ingresos (beneficios y salarios) y, por tanto, de la demanda, en que se traduce el incremento de productividad en una economía de tipo oligopolista, no basta para explicar el crecimiento ya que el incremento de los salarios, al reducir los beneficios, es, a su vez, un factor de freno de la inversión. Es necesario, por tanto, que el crecimiento sea alimentado desde el exterior del sistema de las empresas. Estos estímulos exteriores serían fundamentalmente de dos tipos: gasto público y demanda exterior; en EE.UU. es decisivo el primer factor mientras en Europa occidental lo es el segundo.

Como valoración global de esta serie de ensayos puede decirse que su interés se debe tanto a su contenido intrínseco como a su valor metodológico al destacar el análisis crítico de los aspectos relevantes de una realidad económica concreta con la constante preocupación de superar el nivel puramente descriptivo para extraer del mismo conclusiones teóricas.

ALICIA ARRUFAT